

EL MOVIMIENTO INDIGENISTA EN AMÉRICA LATINA / Alberto Vergara Paniagua

Henri Favre. *El movimiento indigenista en América Latina*. Lima, IFEA, CEMCA, Lluvia Editores, 2007.

El movimiento indigenista en América Latina de Henri Favre es un ensayo que refresca y vigoriza la literatura sobre el tema. Como todo buen ensayo, es un esfuerzo de síntesis logrado, que propone abundantes hipótesis para explorar empíricamente y escrito con consideración hacia el lector. Además, el libro carece del compromiso cívico-indigenista tan de moda en los últimos años. En síntesis, es un libro que se agradece.

El indigenismo en América Latina es, según Favre, producto de una época: la de la construcción nacional desde el aparato estatal (*grosso modo*, de mediados del siglo XIX a mediados del XX). El indigenismo es una corriente de opinión favorable a los indígenas que está fundada en la mala conciencia de las elites.

Construido en cinco capítulos, el libro aborda dos grandes temas: las ideas del indigenismo en los capítulos segundo y tercero y la política del indigenismo en los dos últimos (siendo el primer capítulo una revisión de los antecedentes coloniales). Con un estilo que recuerda a la arqueología foucaultiana, Favre estudia las ideas del indigenismo rescataando a distintos autores (algunos clásicos y muchos otros olvidados) que modelaron durante nuestra historia las ideas y el imaginario de lo indígena. Así conocemos diferentes vertientes y autores del pensamiento indigenista (el racialismo, el culturalismo, el marxismo y el telurismo) y distintas expresiones artísticas del indigenismo (la literatura, la plástica, la música). Favre quiere mostrarnos a través de esta genealogía que las ideas y las artes indigenistas siempre estuvieron orientadas a “incorporar” al indígena a la nación. Ya sea a través de la fusión racial o de la

vale decir, el de construir la nación anhelada que pusiera fin a las divididas repúblicas heredadas de la Colonia.

En segundo lugar, Favre estudia la política del indigenismo. Aquí, el autor invierte el sentido común de las ciencias sociales entre nosotros: estudia el impacto de las políticas estatales indigenistas en la sociedad. Anatema para las ciencias sociales de raíz marxista, Favre no propone que observemos la política como producto de las relaciones entre clases o fuerzas sociales, sino como producto de la acción del Estado latinoamericano. En definitiva, Favre identifica la “política del indigenismo” con “la política estatal destinada a absorber las disparidades culturales, sociales y económicas entre los indios y la población no indígena” (p. 120). La elección es conservadora pero no por eso sin interés.¹

Favre apunta muy bien a mostrarnos que el estado populista latinoamericano del siglo XX se había propuesto transformar las sociedades en naciones. Y que con dificultades lo logró (“...todo el aumento de la demografía indígena latinoamericana es enteramente absorbido por la sociedad nacional”, p. 137).² Favre describe los mecanismos indigenistas del Estado populista para conseguir la nación: las legislaciones, la educación pública universalizándose, las instituciones encargadas de llevar beneficios a las comunidades indígenas, la ingeniería social puesta en marcha.

Finalmente, el autor nos presenta un panorama ambivalente de los resultados de la política indigenista en América Latina. De un lado, las reformas se hicieron de modo lento y sin recursos, las políticas dejaron intactas las estructuras regionales de explotación que representan el obstáculo mayor para el cambio. La política del indigenismo quiso modernizar al indígena en su hábitat (en tal sentido era un ruralismo), pero el hábitat se despobló. Donde se consiguió la modernización de la agricultura también se consiguió el quiebre de prácticas sociales

¹ Sólo esta opción de perspectiva teórica, ya convierte al libro en referencia obligatoria para los syllabus de ciencias políticas nacionales (y ponerlo a dialogar con el de Deborah Yashar *Contesting Citizenship in Latin America* Cambridge, 2005, quien también estudia a los movimientos indígenas desde las consecuencias inesperadas de la acción del Estado latinoamericano.)

² En estos días en que el “populismo” se ha convertido en un sinónimo de “política econó-

ancestrales. Sin embargo, y aquí radica la ambivalencia, a pesar de estos vacíos o debilidades de la política indigenista se propició la construcción nacional; no la que se había planificado pero una nacionalización al fin y al cabo, debido sobre todo a la educación y a la secuencia migración-urbanización-proletarización de lo indígena. En tal sentido, a fines de los sesenta la promesa nacional parecía estar cumpliéndose.

Cuando el modelo de estado populista llega a su fin, el indigenismo también desaparece como idea y como política. En su reemplazo, aparece el indianismo de la edad neoliberal. Un batallón de ex indígenas puebla las ciudades sin ninguna esperanza, "una población supernumeraria, económicamente inútil y ya ni siquiera explotable, de tal suerte que, aun ofreciendo gratuitamente su fuerza de trabajo, no encontraría empleo" (p. 143). Son los "descampesinados", "desindianizados", "desculturados": se definen por lo que dejaron de ser y no por aquello en que podrían devenir. Así, el indianismo que América Latina ha conocido en los últimos años es reflejo de la anomia social engendrada por el Estado desarrollista y acentuada desde el neoliberal. La reciente retórica del pasado puro y autóctono no tiene ninguna relación con el indigenismo previo (que buscaba la inclusión nacional); el indianismo de nuevo cuño espera su separación definitiva del proyecto estado-nacional y, a través de esta ruptura, de toda la tradición occidental. Tal es el proyecto de las nuevas organizaciones indígenas, pero también el del nuevo Estado neoliberal que en las reformas constitucionales de los años noventa vio con buenos ojos la cesión de territorios "autónomos" a los indígenas (además de otros privilegios pluriculturales) para que ellos gerencien sus miserias. Así, inesperadamente, indianismo y neoliberalismo se encuentran y complementan. La caducidad del paradigma del Estado nación y la globalización (y su reverso inevitable, la tribalización) garantizan el renacimiento de un proyecto indianista nuevo. La tesis es osada, sugerente, fatalista. Globalización y tribu, tales son las únicas opciones que ofrece el presente.³

³ Lamentablemente, la página de créditos del libro no nos da información sobre la versión francesa del texto. ¿De cuándo data? ¿Cuál fue el título original? ¿Es una traducción revisada de *Les indigenismes d'Amérique latine* (Paris, PUF, 1996)? De otro lado, ya que estamos en asuntos de edición, también es una lástima que no se consigne las referencias bibliográficas de los libros citados a lo largo del ensayo. Sólo aparece una biblio-

Para terminar la revisión del libro quisiera proponer algunas preguntas que me ha dejado su lectura. En los primeros cuatro capítulos, la narración del libro (vale decir, el análisis del indigenismo antes de la llegada del indianismo) es dominada por México y Perú. Son sus autores, artistas y políticas las más enunciadas por Favre. Sin embargo, si observamos el mapa político latinoamericano, no son estos países donde el indianismo descrito por Favre ha tenido más éxito, sino en Bolivia y Ecuador. ¿Por qué México y Perú no pasan por el mismo proceso indianista si también recorrieron la ruta del Estado populista y su posterior descalabro? El caso peruano me parece particularmente pertinente. La narración de Favre calza a la perfección con nuestro país: populismo nacionalizante, naufragio económico, anomia y senderización (releer a Neira), liberalización a la mala... ¿y el indianismo? No lo sé. Tal vez había algo de eso en las votaciones de Toledo y Humala, tal vez es cuestión de tiempo, tal vez el diagnóstico es errado para el Perú.

De otro lado, si el indianismo es la ideología particularista de los tiempos de globalización, ¿por qué las votaciones de este tipo de agrupación se desvanecen en la región? En las recientes elecciones de Guatemala, los votos que podrían calificarse como indianistas no alcanzaron el 5%. Asimismo, el total descalabro electoral del movimiento Pachacutiq en las últimas elecciones en Ecuador apunta en la misma dirección. Con esto no pretendo desacreditar las sugerentes tesis de Favre que señalan tendencias mucho más profundas y largas de lo que una coyuntura electoral aislada podría testear. Sin embargo, con ánimo comparativo, me parece relevante hacerse tales preguntas.

Finalmente, ¿se encuentra América Latina en la encrucijada de elegir entre universalismo y particularismo? Tengo para mí que en ella conviven y convivirán las fuerzas de la globalización y las del particularismo, desde luego, pero también –y sobre todo– las del vilipendiado Estado-nación que seguirá siendo, por un buen rato, el único capaz de resolver los principales problemas materiales y simbólicos de la población.